

Peste de Milán, 1629-1631

Entre 1629-1631 tuvo lugar una severa epidemia de peste bubónica en el norte de Italia. Este brote, conocido como la gran peste de Milán, mató aproximadamente a 280.000 personas. Las tropas alemanas y francesas habían llevado el contagio a Mantua en el año 1629, como consecuencia de uno de los episodios de la Guerra de los Treinta Años. Las tropas venecianas, también infectadas con la enfermedad, extendieron la epidemia hacia el norte y centro del país, viéndose afectadas las regiones de Lombardía, Véneto, Piamonte, Toscana y parte de Emilia-Romagna.

El año 1627 empezó a sentirse una gran falta de víveres en toda la Lombardía por causa de la guerra, y el número de pobres que llegaron a Milán, su capital, fue creciendo de tal manera que debieron alojarlos en el Lazareto, un vasto local construido a las afueras, donde llegaron a contabilizarse hasta 9.715 personas. En octubre de 1629 la peste infectó la ciudad, que a pesar de prohibir la entrada de mercancías procedentes de la tropa alemana, no llevó a cabo unas buenas iniciativas sanitarias: el retraso en la toma de decisiones por el Tribunal de Sanidad, las cuarentenas poco rigurosas y el acceso de soldados alemanes en su territorio resultaron definitivos para la propagación de la epidemia.

El mayor brote se produjo en marzo de 1630 debido al relajamiento de las medidas sanitarias y a la celebración de diversas festividades. Un segundo brote epidémico se produjo durante la primavera de 1631, en la cual se reportaron un total de 60.000 muertes sobre una población total de 130.000 personas. La ciudad de Bolonia perdió alrededor de 15.000 habitantes y las ciudades vecinas de Módena y Parma también fueron severamente afectadas, igual que el norte del Tirol y las regiones alpinas del oeste de Austria y norte de Italia.

Alessandro Manzoni (1785-1873), uno de los grandes poetas y escritores italianos, escribió la célebre novela *I promessi sposi*, donde se hizo eco de esta epidemia en uno de sus capítulos. A pesar de tratarse de una obra de ficción, realizó una descripción histórica muy detallada de este episodio de peste, utilizando fuentes contemporáneas, principalmente del médico milanés Alessandro Tadino y del presbítero y cronista Giuseppe Ripamonti.

Según estos autores, el 20 de octubre de 1629, el protomédico milanés Ludovico Settala¹ informó al Tribunal de Sanidad de Milán que en el pueblo de Chiuso, último territorio de la provincia de Lecco, en Lombardía, había entrado el contagio. Pero el Tribunal no tomó ninguna resolución, excepto enviar un comisario y un médico de la población de Como para que visitaran los lugares indicados. Estos explicaron que aquella clase de males no eran la peste, sino fiebres producidas por las emanaciones otoñales de los pantanos y el efecto de las privaciones y penalidades sufridas durante el paso de las tropas alemanas.

Con esta información, el Tribunal de Sanidad se dio por satisfecho, pero se reportaron noticias de continuadas y nuevas muertes, de manera que a finales de octubre fueron enviados dos delegados a la zona, el doctor Tadino y Giovanni Visconti, oidor del Tribunal, para dar cuenta de la situación. El informe, escrito a 4 de noviembre, concluía que en muchas poblaciones del lago Como se producían muchos casos de peste, "*hallándose bubones y carbúnculos negros por todo su cuerpo*", y ya había muerto mucha gente.

¹ Settala fue autor de dos libros sobre la peste: *De peste et pestiferis affectibus* (1622) y *Della preservazione dalla peste* (1630).

Entonces, el Tribunal de Sanidad se dispuso a prescribir cédulas, los certificados médicos necesarios para entrar en la ciudad e impedir el acceso a las personas procedentes de los pueblos donde se había manifestado el contagio. Pero ya fue demasiado tarde, pues la peste había entrado en Milán, parece ser que debido a un soldado italiano al servicio de España².

El 14 de noviembre regresaron los dos delegados de su viaje de inspección y se presentaron ante el gobernador, el famoso general genovés Ambrogio Spinola; le expusieron el estado de las cosas y ante tales noticias, expresó gran pesadumbre. Sin embargo, para él eran más urgentes las preocupaciones por la guerra, contestándoles que *“el servicio del rey comporta que no se hagan otras diligencia por ahora. Quede, pues, libre el camino para quien llegue de Alemania y se dirija hacia cualquier lugar”*. A pesar de las noticias tan alarmantes, el gobernador publicó un bando, el 18 de noviembre, en el que se ordenaban festejos públicos por el nacimiento del príncipe Carlos, primogénito del rey español Felipe IV, en los que se llevaron a cabo procesiones, desfiles, fuegos artificiales y fiestas en los palacios de la nobleza que contaron con una gran participación ciudadana. Manzini lamentaba esta actitud, *“sin sospechar y sin preocuparse del peligro de una gran concurrencia en tales circunstancias. Todo como en tiempos normales, como si no se le hubiese dicho nada”*.

Afortunadamente, el cardenal Federigo Borromeo, arzobispo de Milán y mucho más sensato que el gobernador, apenas conoció los primeros casos del mal, aconsejó a los párrocos, en una carta pastoral, que advirtieran a sus feligreses sobre la importancia y la estricta obligación de revelar cualquier caso de peste y entregar los objetos infectados y sospechosos. Pero el terror de la cuarentena y el traslado al lazareto impedían que se denunciara a los enfermos, por lo que se sobornaba a los sepultureros y a sus vigilantes para obtener certificados falsos. El odio de la población recayó principalmente sobre dos médicos: Alessandro Tadino y el hijo del protomédico Ludovico Settala, llamado Senatore. Y hasta tal punto era su animadversión que ya no podían cruzar las plazas sin verse insultados o agredidos con piedras.

A finales de marzo de 1630 la enfermedad empezó a ser frecuente en todos los barrios de la ciudad, *“extraños accidentes de espasmos, palpitaciones, letargos, delirios, estigmas funestos de moratones y bubones; muertes en su mayoría rápidas, violentas, a menudo repentinas, sin ningún indicio de anterior enfermedad”*. Vista la gravedad de la situación, los magistrados prestaron más atención a las propuestas de Sanidad para cumplir sus edictos, los secuestros ordenados y las cuarentenas prescritas. Era necesario más dinero para cubrir los gastos ordinarios del lazareto (se construyeron dos nuevos), pues su población, aunque diezmada a diario, aumentaba sin cesar. El Tribunal de Sanidad, sin saber qué hacer, se dirigió a la comunidad religiosa de los capuchinos, que sin embargo no era una orden hospitalaria, suplicando al padre comisario de la provincia que les procurara *“personas hábiles para gobernar aquel reino desolado”*. Y realmente fue una buena opción, pues estos religiosos, dirigidos por el propio obispo Borromeo, trabajaron valientemente y sin descanso para aliviar los sufrimientos de la población.

A pesar de la gravedad de la situación, los milaneses no hacían demasiado caso a las medidas tomadas por el Tribunal de Sanidad y pensaban que la epidemia no era tan grave. Para convencerlos, se aprovechó una de las fiestas de Pentecostés, en la que

² El soldado, que llevaba un fardo de ropas compradas o robada a soldados alemanes, entró en Milán sobre el día 22 de octubre y se alojó en casa de unos parientes, en un suburbio de la puerta Oriental. En cuanto llegó ya cayó enfermo, y en el hospital le descubrieron un bubón bajo la axila. Murió el 26 de octubre.

“solían los ciudadanos acudir al cementerio de San Gregorio, fuera de la puerta Oriental, a rezar por los muertos del anterior contagio, que estaban allí enterrados; y tomando de la devoción oportunidad para la diversión y el espectáculo, acudían cada uno con sus mejores galas. Había muerto ese día de peste, entre otros, una familia entera. En la hora de mayor concurrencia, en medio de las carrozas, de gentes a caballo, y a pie, los cadáveres de aquella familia fueron, por orden de Sanidad, conducidos a dicho cementerio, en un carro, desnudos, a fin de que la muchedumbre pudiera ver en ellos la marca manifiesta de la pestilencia. Un grito de asco, de terror, se alzaba por donde quiera que pasaba el carro; un prolongado murmullo reinaba por donde habían pasado; otro murmullo lo precedía”.

La creencia general del pueblo, en cualquier parte de Europa, era que las pestilencias estaban producidas *“por artes ponzoñosas, operaciones diabólicas, gente conjurada para esparcir la peste por medio de venenos contagiosos y de hechizos”*. Además, el año anterior había llegado un despacho firmado por el rey Felipe IV, en el cual se avisaba al gobernador que habían escapado de Madrid cuatro franceses a los que se buscaba por ser sospechosos de esparcir unguentos venenosos, unos venenos refinados, instantáneos y muy penetrantes. Los untadores debían ser descubiertos de manera urgente por lo que *“todos los ojos estaban alerta; cada gesto podían infundir sospechas. Y la sospecha se convertía fácilmente en certeza, y la certeza en furor”*.

El día 17 de mayo, por la noche, unas personas creyeron ver en la catedral a ciertos personajes que untaban un tabique de madera que servía para separar los espacios asignados a ambos sexos. Por tanto, se sacó de la iglesia el tabique, diversos bancos e incluso las pilas de agua bendita, y todo fue inspeccionado por el Presidente de Sanidad. Pero no encontraron nada que pudiese confirmar la ignorante sospecha de *“un atentado ponzoñoso”*. A pesar de todo, la gente siguió pensando que en la catedral habían sido untados todos los bancos, las paredes *“y hasta las cuerdas de las campanas”*.

Según Ripamonti, en la iglesia de San Antonio, durante una festividad, *“un viejo más que octogenario, tras haber rezado un rato de rodillas, quiso sentarse; y antes, con la capa, limpió el polvo del banco: “¡ese viejo unta los bancos!”*, gritaron al unísono mujeres que vieron el gesto. *La gente que se encontraba en la iglesia se abalanzó sobre el viejo; lo agarraron por los cabellos, blancos como eran; lo molieron a puñetazos y patadas; en parte tiraron de él, en parte lo empujaron afuera; si no acabaron con él fue para arrastrarlo, así, medio muerto, a la prisión, a los jueces, a la tortura. Yo lo vi mientras lo arrastraban, y no volví a saber nada de él: creo que no habrá podido sobrevivir más que unos momentos”*.

El temor a los “untadores” provocó algunas conductas prácticas: *“nadie usaba capa para evitar que ésta rozara accidentalmente con algún “unto”, ni tampoco llevaban hábito o sotana los religiosos, vistiendo laicos y sacerdotes con ropa ceñida al cuerpo, por el centro de la calle, para que no les cayese ningún polvo de los balcones. Los caballeros iban sin séquito a las compras, y los amigos se saludaban desde lejos, evitando cualquier contacto. Todos portaban vinagre en un paño y con él se cubrían la nariz para evitar las emanaciones. Nadie se cortaba ni la barba ni el cabello, pues los barberos tenían fama de untadores.*

Los transeúntes se paraban, se horrorizaban, temblaban. Los forasteros, sospechosos sólo por el hecho de serlo, y que entonces se reconocían fácilmente por el traje, eran detenidos en las calles por el pueblo y llevados a la justicia. Se hicieron interrogatorios, exámenes de arrestados, de arrestadores, de testigos”.

Pero no se hallaba a ningún culpable, y el Tribunal de Sanidad publicó un bando en el que prometía premio e inmunidad para quien descubriese al autor o autores de los ungüentos. Finalmente, en junio de 1630, se condenó a dos personas a “muerte atrozísima” por ser “untadores”, sin más pruebas que la acusación de una mujer y el suplicio de la tortura a que fueron sometidos.

La descripción de esta ejecución, efectuada el último día de julio, se encontró en una carta anónima fechada en agosto de 1630: *“lo que sucedió en la Justicia que se hizo en Milán a Guglielmo Piazza, cabeza de los que untaban los apestados, y a Gian Giacomo Mora, barbero, ambos de los lugares de Milán, cuya sentencia es del tenor siguiente: Primeramente, que sean llevados sobre dos carros al lugar acostumbrado del patíbulo, y al llevarlos que sean atenaceados con tenazas ardiendo en todos aquellos lugares adonde hubieren cometido los delitos de untar y derramar polvos envenenados y apestados, y delante de la tienda de la barbería del Mora sean ambos a dos cortada la mano derecha, y después que sean enrodados rompiéndoles los huesos de piernas, brazos y demás, y después, levantada la rueda en alto, sean puestos vivos dentro de ella, dejándoles en el dicho tormento seis horas continuas, y después sean degollados y quemados, y las cenizas de los susodichos sean arrojadas al río. Que la casa del dicho barbero Mora sea derribada, y adonde estaba sea puesta una columna, la cual se llamará “infame”, con un epitafio que diga: Guglielmo y Gian Giacomo Mora por haber sido traidores a su patria y ciudad aumentando la peste con unciones”*.

El 22 de mayo fueron enviados nuevamente dos delegados del Tribunal de Sanidad para hablar con el gobernador, que estaba en el campo de batalla. Le pidieron que los impuestos fueran suspendidos y que la Cámara asumiera esa deuda, que informara al rey de las miserias de la ciudad y la provincia y que eximiese de nuevos alojamientos militares al país, *“ya estragados por los pasados”*. El gobernador respondió dando muestras de condolencia y apenado por no poder encontrarse en la ciudad, y prometió que se esforzaría *“por emplear todos sus medios en aliviarlos, esperando que todo lo supliría el celo de aquellos caballeros. Éste era el momento de gastar sin escatimar, de arreglárselas como fuera”*. En cuanto a las peticiones expresas, manifestó que *“proveeré en el mejor modo que el tiempo y necesidades presentes permitieren”*. Sin embargo, todo quedó en buenas intenciones. Manzoni terminaba el párrafo añadiendo que tras el escrito del gobernador, *“debajo se veía un garabato, que quería decir Ambrogio Spinola, tan claro como sus promesas”*.

El Tribunal de Sanidad prescribió medidas más estrictas para la entrada de personas en la ciudad. Para asegurar su ejecución, mandó que permanecieran cerradas las puertas, y con el fin de excluir en la medida de lo posible el contacto con apestados y sospechosos, mandó clavar las puertas de las casas secuestradas, que en aquel momento eran unas quinientas. Era preciso remplazar y aumentar diariamente los servidores públicos, que se dividían en monatos³, avisadores y comisarios.

Los primeros estaban encargados de los servicios más penosos y peligrosos de la pestilencia: llevarse los cadáveres de las casas, de las calles y del lazareto, conducirlos en carros a las fosas y enterrarlos; llevar o guiar a los enfermos al lazareto y quemar y desinfectar los objetos infectados y sospechosos.

La misión especial de los avisadores era preceder a los carros, advirtiendo con el sonido

³ Sobre el origen de esta palabra existen diversas versiones: procedente del griego “monos”; del latín “monere”; del alemán “monatlich” (mensual), pues ante la incertidumbre de la duración de sus servicios, es probable que los acuerdos de trabajo se renovaran mensualmente. Sin embargo, la etimología que ha adquirido recientemente mayor crédito es la del término lombardo “monat”, que significa pícaro, sucio.

de una campanilla a los transeúntes para que se retirasen. Los comisarios mandaban a los unos y a los otros siguiendo las órdenes del Tribunal de Sanidad.

Según Manzoni, este trabajo era aprovechado por *“los bribones a quienes la peste perdonaba y no abatía, que hallaron en la confusión común, en el relajamiento de toda la fuerza pública, una nueva ocasión de actividad, y una buena garantía de impunidad al mismo tiempo. Es más, el uso de la propia fuerza pública vino a encontrarse en gran parte en manos de los peores de ellos. Al oficio de monatos y avisadores no se prestaban generalmente sino hombres en quienes el aliciente del robo y la licencia podía más que el terror al contagio y que toda natural repugnancia”*.

A estos servidores públicos se les prescribieron normas muy estrictas y se les intimaba con penas severísimas. Se les asignaban puestos de relevancia, tenían como mandos superiores a los comisarios, y por encima de todos estaban los delegados de cada barrio, magistrados y nobles, encargados finalmente de *“proveer sumariamente a cualquier necesidad de buen gobierno”*. Este orden de cosas se mantuvo, y dio resultado, durante cierto tiempo. Pero al aumentar el número de defunciones y de los que marcharon de la ciudad, no hubo quien controlara sus desmanes. Los monatos se convirtieron en árbitros de la situación: *“entraban como amos, como enemigos en las casas, y sin hablar de los latrocinios y de cómo trataban a los infelices obligados a pasar por tales manos, ponían esas manos infectas e infames sobre los sanos, hijos, parientes, esposas, maridos, amenazando con arrastrarlos al lazareto si no se rescataban o no eran rescatados por alguien con dinero. Otras veces, ponían precio a sus servicios, rehusando llevarse los cadáveres ya putrefactos por menos de tantos escudos”*.

Tadino contaba que se tenía la convicción que los monatos y avisadores *“dejaban caer de los carros cosas inficionadas a posta, para propagar y mantener la pestilencia, convertida para ellos en una ganancia, en un reino, en una fiesta”*. Manzoni añadía que incluso *“otros desgraciados, fingiéndose monatos, llevando una campanilla atada a un pie, como a ellos les estaba prescrito, a modo de distintivo y aviso de su proximidad, se introducían en las casas para hacer todo tipo de desmanes. En algunas, abiertas y vacías de habitantes, o habitadas sólo por algún enfermo, por algún moribundo, entraban ladrones, a mansalva, a saquear”*.

Del 12 de junio hasta el 10 de julio, la mortandad habría pasado de 500 a 1.000 muertos diarios. Según el autor milanés Cavatio della Somaglia, en poco tiempo la población del lazareto ascendió de dos mil a doce mil. Y más tarde llegó hasta diecisiete mil. El 4 de julio, la mortandad sobrepasó las 500 personas; poco después, 1.200, 1.500 y 3.500, según calculó el doctor Tadino, quien afirmó que *“después de la peste la población de Milán quedó reducida a poco más de 64.000 almas, cuando antes pasaba de 250.000”*. Según Ripamonti murieron 140.000 personas de un total de 200.000 habitantes.